

Cambio climático

José Santamaría Flórez

Director de la edición en castellano de la revista World Watch

La 6.ª Conferencia de las Partes del Convenio Marco sobre Cambio Climático que tuvo lugar en La Haya (Holanda), entre el 13 y el 24 de noviembre de 2000, se ha saldado con un rotundo fracaso, por culpa sobre todo de Estados Unidos y sus aliados, los gobiernos del grupo de países llamado paraguas. La COP6 de La Haya debería haber aprobado los principios, modalidades, reglas y guías de los llamados Mecanismos del Protocolo de Kioto: el papel de los sumideros, el comercio de emisiones, las iniciativas de aplicación conjunta (Joint Implementation, JI) y el mecanismo de desarrollo limpio (CDM). El fracaso de la COP6 es una pésima noticia para todos, y una prueba palpable de la irresponsabilidad de algunos gobernantes.

Los acuerdos a aprobar eran complejos y difíciles, y las posiciones de las diversas partes están muy alejadas, por lo que el fracaso de la negociación no debe sorprender a nadie. **Los intereses en juego son enormes. La industria nuclear pretende incluirla como una alternativa, y las multinacionales del petróleo y el automóvil tratan de frenar cualquier acuerdo que vaya contra sus intereses, al igual que los países productores de combustibles fósiles.** EE UU y sus aliados (Japón, Canadá y Australia, entre otros), quieren agrandar los agujeros, para evitar cualquier reducción real de las emisiones en sus propios países, y pretenden que los países en desarrollo se comprometan a reducir sus bajas emisiones, lo que va contra la equidad, el llamado Mandato de Berlín, y el espíritu y la letra del Protocolo. Rusia y Ucrania quieren vender el llamado aire caliente a EE UU y otros países del Anexo I, y están más interesadas por los posibles ingresos que por el propio

cambio climático y sus repercusiones. La Unión Europea tiene, en general, las posiciones más avanzadas entre los países del Anexo I, gracias a la presión de la opinión pública europea.

Por lo que se refiere a los países en desarrollo, éstos rechazan cualquier medida que pueda impedir su desarrollo, ven con preocupación las repercusiones en sus países y en algunos casos tratan de obtener fuentes adicionales de capital a través del mecanismo de desarrollo limpio.

La sociedad civil debe movilizarse, pues de otra manera acabarán prevaleciendo los intereses de las grandes multinacionales, responsables de buena parte de las emisiones de gases de invernadero, que ejercen y tienen un gran poder sobre los gobiernos.

Estados Unidos, el gran responsable del fracaso de la Cumbre del Clima, **con sólo el 4,6% de la población mundial, emite el 24% del CO₂ mundial** (más de 20 toneladas por habitante y año). Las emisiones de gases de invernadero en EE UU han aumentado un 21,8% entre 1990 y 1998. El Protocolo de Kioto obliga a EE UU a reducir sus emisiones en sólo un 7%. Los gobernantes de EE UU, ya sean los demócratas y sobre todo los republicanos, no quieren reducir las emisiones domésticas, y pretenden con todo tipo de artimañas (sumideros, mecanismos de flexibilidad) seguir con su insostenible modo de vida consumista y despilfarrador, a costa de afectar de forma irreversible al clima del planeta, y sobre todo a las poblaciones más pobres del Tercer Mundo. Aún más responsables del fracaso de la COP6 son algunas multinacionales del petróleo y el automóvil, que son las que realmente dictan la política de EE UU.

“La 6.ª Conferencia de las Partes del Convenio Marco sobre Cambio Climático se ha saldado con un rotundo fracaso, por culpa sobre todo de Estados Unidos”

Pero a pesar de todo este fracaso no debe llevar al pesimismo, sino a la acción, redoblando la presión ciudadana sobre los gobiernos para que adopten las políticas adecuadas para frenar el cambio climático. De hecho el Protocolo de Kioto es totalmente insuficiente, pues sólo contempla una reducción del 5,2% de las emisiones de los países industrializados para el periodo 2008-2012. Para frenar el cambio climático habría que reducir las emisiones mundiales actuales en un 80%.

Tras la Cumbre del Clima de La Haya es necesario promover las políticas encaminadas a reducir las emisiones de gases de invernadero, aumentando la eficiencia energética, desarrollando las energías renovables, mejorando el transporte público y el ferrocarril, reciclando los residuos orgánicos (compost) y reduciendo la deforestación.

Los países industrializados deben establecer planes claros para reducir las emisiones, incluyendo instrumentos fiscales (impuestos sobre las energías no renovables, incentivos a las renovables y a la eficiencia), supresión de las subvenciones a los combustibles fósiles y los presupuestos para llevarlos a cabo. Entre otras medidas se deben reducir los incendios forestales y la emisión de gases de invernadero, como el metano y el óxido nitroso, así como la producción y consumo de cemento, una de las principales fuentes de emisión de CO₂, agravada por la construcción de autovías, carreteras y otras infraestructuras. **Cada tonelada de cemento consumida causa la emisión de 498 kilogramos de CO₂.** Una política de repoblaciones forestales con especies autóctonas, en las zonas adecuadas, retiraría de la atmósfera grandes cantidades de CO₂, frenaría la erosión, las inundaciones y las sequías, dado el efecto

“Pero a pesar de todo este fracaso no debe llevar al pesimismo, sino a la acción, redoblando la presión ciudadana sobre los gobiernos para que adopten las políticas adecuadas para frenar el cambio climático”

“Frenar el cambio climático, con nuevas políticas energéticas, de transporte, de residuos y forestal, es no sólo posible sino necesario”

esponja de los bosques. Pero los bosques y los mares, aún actuando como sumideros, son incapaces de retirar la cantidad actual de CO₂ emitida anualmente.

La reducción del consumo de carne, del empleo de fertilizantes, de las fugas de metano en la minería de carbón y en la red de gasoductos, y de la cantidad de residuos, y una política forestal que reduzca la superficie afectada por incendios forestales, permitirá cumplir los objetivos de reducción de CH₄ y N₂O. La fabricación de nailon y la de ácido nítrico son responsables de gran parte de las emisiones antropogénicas de óxido nitroso. La eliminación de los HFC no plantea ningún problema, pues hay alternativas viables. La reducción de la generación de residuos, el reciclaje de la materia orgánica (compost), la prohibición de la incineración y el aprovechamiento del metano de los vertederos, son algunas de las medidas de una política de residuos adaptada al cambio climático.

En 1999 el consumo mundial de energía llegó a 10.000 millones de toneladas equivalentes de petróleo (Mtep): 2.146 Mtep de carbón, 3.200 Mtep de petróleo, 2.301 Mtep de gas natural (20,1%), 607 Mtep de nuclear, 220 Mtep de hidroeléctrica y cerca de 1.500 Mtep de biomasa (14%), fundamentalmente leña, y pequeñas cantidades de geotermia, solar y eólica (menos del 2%). La producción, transformación y consumo final de tal cantidad de energía es la causa principal de la degradación ambiental. El consumo está muy desigualmente repartido, pues los países del Norte, con el 25% de la población mundial, consumen el 66% de la energía, factor este último a tener en cuenta a la hora de repartir responsabilidades de la crisis ambiental causada por la energía.

La grave crisis ambiental, el agotamiento de los recursos y los desequilibrios entre el Norte y el Sur, son factores que obligan a acometer una nueva política energética. A corto plazo la prioridad es

incrementar la eficiencia energética, pero ésta tiene unos límites económicos y termodinámicos, por lo que a más largo plazo sólo el desarrollo de las energías renovables permitirá resolver los grandes retos del futuro, como son el efecto invernadero, los residuos nucleares y las desigualdades Norte-Sur.

La energía nuclear de fisión es cara, peligrosa, contaminante, contribuye a la proliferación nuclear, no es una alternativa real al cambio climático y crea uno de los mayores problemas ambientales: los residuos radiactivos. La energía nuclear es desde todos los puntos de vista la peor de las fuentes de energía. La fusión nuclear ni es alternativa, ni limpia, al producir tritio así como otros productos radiactivos, y puede contribuir a la carrera de armamentos. **Los vastos recursos y medios hoy destinados a la investigación de la fusión y de la fisión, deberían emplearse en energías renovables y en eficiencia. Los grandes embalses hidroeléctricos tampoco son la solución, pues producen grandes cantidades de metano,** aparte de otros muchos impactos sociales (desplazamiento de la población) y ambientales.



Con voluntad política y recursos perfectamente viables se pueden reducir las emisiones de gases de invernadero, desarrollando un

nuevo sistema energético descarbonizado, basado en la eficiencia y en las energías renovables, y muy especialmente

en la solar y en la eólica, en el hidrógeno y en la electricidad como vectores energéticos, y en las pilas de combustible como uno de los principales sistemas de transformación.

Frenar el cambio climático, con nuevas políticas energéticas, de transporte, de residuos y forestal, es no sólo posible sino necesario. El fracaso de la Cumbre de La Haya debe servir de catalizador para empezar a trabajar en serio en las políticas que realmente reducen las emisiones y mitigan los efectos más desastrosos del cambio climático.

La sociedad civil, los medios de comunicación, los partidos políticos, los sindicatos y los movimientos sociales necesitan abrir un debate sobre el cambio climático y la crisis ambiental, para alcanzar un futuro sin nucleares, con reducción de las emisiones de gases de invernadero, conservando la biodiversidad y asegurando unas condiciones de vida dignas para todos los habitantes, lo que significa frenar el despilfarro de los ricos y mejorar las condiciones de vida de los pobres. El futuro de algo tan vital como el clima depende de todos, y no sólo de una clase política irresponsable que sólo mira por los intereses a corto plazo.

